

## Notas a la programación (diciembre-2006)

### Voces de seducción (III)

Se cierra este ciclo de voces seductoras con un fuerte predominio de la comedia, el género en el que los personajes se enamoran hablando pero no siempre mantienen diálogos sentimentales: a menudo las palabras se usan como armas y el romance se descubre en el antagonismo. Hace falta una raza de actores especial para batirse en este terreno y la comedia clásica americana produjo varias generaciones de cómicos duchos en el arte de seducir conversando, o discutiendo, y en especial una raza de actrices que abandonando el concepto victoriano del decoro edificaron un modelo de mujer moderna, de verbo rápido y restallante, y se ganaron una cuota de igualdad con el macho sin necesidad de edictos oficiales. La simpática y un poco olvidada Irene Dunne comparece con *Ansia de amor*, una comedia con ribetes de drama (como muchos de los films que rodó) en donde pasa de campesina a sofisticada urbanita sin perder su patricio atractivo. Una de las más grandes comediantes fue Judy Holliday, a la que homenajeamos con un par de títulos: el que labró su fama, *Nacida ayer*, en donde clava el tipo de la rubia vulgar vernácula, y uno de los últimos que rodó, la comedia musical *Bells Are Ringing*, en donde su simpática voz aguda (capaz de sacar de quicio a su papito Broderick Crawford en la película anterior) se modula en las deliciosas canciones de Comden y Green.

La otra gran rubia americana de los 50 es, por supuesto, Marilyn Monroe quien también hace doblete persiguiendo millonarios en *Los caballeros las prefieren rubias* y *El multimillonario*, en donde enamora a un seductor continental (en Hollywood se pirrabán por los acentos europeos) como Yves Montand en una de sus raras incursiones en el cine americano. Aparte de sus sinuosidades físicas, gran parte del encanto de Marilyn procedía de la precisión con la que clavaba el arquetipo de bombón tonto (dumb bombshell) con su voz de gatita melosa. Kim Novak pertenecía a otra especie felina: el canto de sirena de su voz grave contenía un elemento de peligro, si bien en *Bésame*, tonto aparece un tanto domesticada por la vida en cautividad con Ray Walston. Hablando de seductoras de voz grave y de mujeres sin domesticar, celebremos la presencia de Marlene Dietrich, memorable aventurera en *Shanghai Express*: su frase "Hizo falta más de un hombre para ganarme el nombre de Shanghai Lili", es un grito de guerra y un ejemplo del dominio de ese camp deliberado (que diría Susan Sontag) que la actriz alemana patentó.

Pero hay también un atractivo en la mujer ingenua, como la campesina enfrentada a la alta sociedad (y casada con un Vincent Price que ya se estrenaba haciendo de refinado siniestro) que encarna Gene Tierney en la gótica *El castillo de Dragonwyck* o la bien criada y empalagosa esposa de un mujeriego que borda en *El diablo dijo no*. Ingenua y sufridora, ninguna lo fue más que Margaret Sullavan, la actriz de mirada líquida y voz seductoramente trémula que en *El bazar de las sorpresas* encontró su alma gemela vocal en James Stewart, una de las voces más características del cine americano (y mejor traducidas, en su doblaje clásico al castellano). Menos celebrada es la voz sureña modulada y cálida de Rock Hudson, un sex-symbol viril que sufre sus buenas dosis de humillación a cargo de la hembra de la especie (la gran Paula Prentiss) en *Su juego favorito*. Hudson comparece -y sufre- también en *Escrito sobre el viento*, flanqueado por las formidables Lauren Bacall, otra de las grandes voces roncadas del cine, y Dorothy Malone, una de esas cuasi-famosas cuya forma de hablar siempre la hace resaltar dentro del plano que ocupa con presencias más estelares.

Pero ya nos hemos ido de la comedia al drama. Como el que encarna, colgada del teléfono, la entrañable Anna Magnani en su estremecedor monólogo a un amante perdido en el episodio de *L'amore* que se titula precisamente "Una voce umana": un título que no podía faltar aquí. O como el drama de (des)amor, mucho más silencioso y ambiguo, que vive en *El eclipse* Monica Vitti, esa musa de voz quebrada y desde luego seductora del gran Antonioni. La seducción que ejerce Anthony Hopkins en *El silencio de los corderos* es mucho más letal pese a que sólo puede utilizar (menos mal) su hipnótico y preciso susurro a la aterrorizada Clarice de Jodie Foster. Y de final, el lacónico, gutural y finalmente entrañable Takeshi Kitano de *Hana-bi*. Hay muchas más voces de seducción, y cada uno tendrá su fetichismo vocal personal, pero la presente selección ha buscado hacer oír unas cuantas presencias sonoras indiscutibles. En otra ocasión nos ocuparemos quizás de la presencia acusmática de esas voces que oímos sin ver a quien habla: la ilustre tradición de la narración en off cinematográfica, otra fuente de misterio y seducción en ausencia.

**Antonio Weinrichter**, noviembre 2006.